

El Universo de Magdalena Petit

"UN HOMBRE EN EL UNIVERSO", Por Magdalena Petit. Santiago. Editorial Andrés Bello, 1966.— No ha obtenido la atención que merecía este extraño libro de Magdalena Petit. Y la merecía, no por bueno o por malo, sino precisamente por extraño. Es difícil hablar en términos de valor sobre una novela que escapa a las medidas habituales, incluso a las más flexibles, y que puede ser recibida desde tantas perspectivas como las que se cruzaron desordenadamente en su propia creación. Algunos espíritus finos la encontrarán literariamente débil. A ciertos temperamentos les resultará fascinante. La mayoría se aburrirá con ella. Y uno, que quisiera ser objetivo y universal —curiosa pretensión—, vivirá en el pellejo de éstos y aquéllos durante la lectura; como en Pedro Frankstein, el protagonista, compuesto de varios "yo", dentro de uno lucharán el irritado, el fascinado, el aburrido. Esta ambigüedad forma parte de la propia hechura del libro, multi-forme, abigarrado, a veces azaroso.

¿Qué contiene, pues, esta novela —si es novela? No es tan simple enunciar siquiera su contenido. En el diario que escribe Pedro Frankstein, de su vida, se entremezclan acontecimientos, sueños, monólogos, pensamientos lúcidos y también delirantes, páginas de ensayo, diálogos, acciones y consideraciones de toda especie. Un poco de teoría literaria y estética, mucho de psicología, psicoanálisis y hasta parapsicología, muchísimo de Nietzsche, enseñanzas filosóficas a cada paso, algo de sociología, cibernética y ciencias naturales, un buen tanto de misticismo y religión... Y por encima de todo ello, un aliento que quiere ser cósmico y en algunas páginas lo consigue —en otras es simplemente "cultura-ficción"—; un afán algo patético de anudar el destino del personaje a la totalidad de sus relaciones con el universo. Se pretende una suerte de "novela-suma" o epopeya psicológica del hombre y del cosmos, como lo insinúa ya el título. Empresa clara, muy superior a las fuerzas de la novelista, como también lo es la idea de Pedro Frankstein —¿de la propia autora?— de estar haciendo en su diario "una especie de modesta "Recherche du temps perdu", a mi modo"; si bien en esta propia ambición desmesurada reside el interés del libro, su atrevimiento y libertad, su distancia respecto de los moldes convencionales del género.

Se comprende entonces que la forma literaria de este intento sea poco menos que indefinida. Novela filosófica o ensayo novelado serían las categorías más próximas. Frankstein, el personaje, presenta su diario —el eterno diario que abandonará en un hotel, llegando después a manos de un editor—, no como una novela, sino como una simple "confesión deshilvanada", lo cual es muy cierto; a menudo repite que no es escritor de oficio, que escribe sin ningún plan, y por tanto sin el propósito de un género definido; y le creemos. Incluso dice por ahí: "no me engaño sobre el nulo valor literario de esta confesión, creyéndola, sin embargo, de gran mérito como documento humano". Quitemos los superlativos del "nulo" y

del "gran" y tendremos un juicio exacto. Es lástima que en la segunda parte —y tras haberse descubierto y publicado con éxito la primera de su diario—, el protagonista, con la complicidad de la autora, se repite ahora a cada paso "¡Soy un escritor, soy un escritor!", y se siente escribiendo novela, y como quien no dice nada se compara con Proust, y se dirige al propio público, al lector futuro; pero ya no le creemos. Yo hubiera dicho que esa confesión deshilvanada, sin pretensiones artísticas, casi un hecho privado, era algo más que una ficción de Magdalena Petit, para hacer literatura; era la realidad, mientras que la pretendida "novela-suma" es, por el contrario, un ente ficticio. "Un hombre en el universo" queda mejor como siendo realmente esa caótica confesión —de Pedro Frankstein, de Magdalena Petit, qué importa—, que no la pretendida novela que nunca aparece. El protagonista ha engañado a la autora. ¿Pirandelliano? Este libro lo es, aunque en un sentido bien paradójico. La ficción es realidad, y viceversa. Más real es Pedro Frankstein —el de la primera parte— con su modesto y desordenado diario, que no la novela de Magdalena Petit con su ambición literaria y épica, incumplida.

Pues ocurre con este libro que sus defectos como novela se hacen perdonar por su calidad de ensayo, y sus defectos de ensayo se justifican por su forma novelada. Vamos con lo primero. No bien ha conseguido uno interesarse por la acción dramática, cuando, en vez de la esperada resolución novelesca, encuentra páginas y páginas sobre la libertad y el determinismo, el alma y el cuerpo, la estructura de la psique... Estos intermedios filosóficos, algunos de cierto valor, llevan a un descenso dramático que impide leer el libro como novela. El personaje se convierte en pretexto del filosofar. Y cuando parece, por ejemplo, que va a suicidarse, uno no consigue creerle, no siente que el conflicto sea real, y más bien se intuye que la autora tampoco cree mucho en la posibilidad de ese acto, mera eventualidad filosófica, suicidio abstracto, idea del suicidio, ocasión para meditar sobre la vida y la muerte. Nunca se inquieta uno por la suerte de Pedro Frankstein: no tiene entidad de personaje, sino de pensador que se sienta a escribir su reflexivo diario, y sólo arriesga ideas.

Y no es que no pasen cosas en su historia. Pasan incluso demasiadas, pero casi siempre del tipo de los accidentes, los encuentros fortuitos, las peripecias imprevisibles. Con razón piensa Frankstein tras uno de sus golpes: "me hago el efecto de un mal novelista que cree que acumulando los incidentes, las situaciones sorprendidas, se gana la atención del lector, sin preguntarse, siquiera, si todo eso aparece real". Peor para los hechos reales si son más "románticos" que las mismas novelas, decreta la autora, y está en su razón. Pero una cosa queda en pie, que resulta difícil aceptar: que escriba sin ningún plan, como ella misma confiesa; que haya comenzado el libro sin saber qué se proponía hacer, entregándolo al azar de las ocurrencias.

Pero estos defectos no importan mucho si el libro se lee como ensayo, que lo es en buena parte. Claro que entonces empiezan a importar otras cosas, como la falta de rigor para entretener temas de fondo, científicos o filosóficos o aún teológicos. Bien dice Frankstein de sí: "Soy el primero en reirme de mí mismo, de esta pobreza espiritual que significa meterse a discutir consigo o con los demás ideas mil veces debatidas en libros importantes que las explican con los debidos conocimientos". Dos cosas me chocan más que otras en este aspecto: la frivolidad de los debates sobre el libre albedrío —Frankstein es partidario del determinismo universal, con argumentos de poca monta—, y su fe un tanto ingenua en la psicología como remedio de los males del mundo, una creencia casi mítica que le ocupa muchas páginas del diario. "Por ahora, la única salvación del mundo sería —hay gente que cree estas cosas— convertirlo en una gran clínica donde imperaran el dietético y el psiquiatra." Sin embargo, tratándose del diario de Frankstein y no de un ensayo filosófico de Magdalena Petit, no hay por qué discutir los planteamientos de un personaje, ni pedirle rigor lógico en sus cavilaciones a veces febriles, salpicadas de ese cientifismo mágico, algo morboso y diletante, seudomístico, del tipo de los brujos que retornan o de la revista Planeta.

Si se mide esta obra por los cánones de un género literario definido, sale indudablemente mal parada. Pero no hay por qué juzgar a un autor imponiendo a su creación leyes extrañas. Quien elige un género híbrido, corriendo con todos los riesgos que he señalado, tiene derecho a pedir comprensión por su intento. Deshilvanada como novela, diletante como ensayo, la obra tiene, no obstante, cierta originalidad como conjunto, y páginas notables entre otras que no lo son. Sus defectos, la autora no los oculta, y yo no creo haber señalado ninguno que ella misma no confiese por boca de su protagonista.

Y sin embargo queda en pie algo digno de subrayar. Esta obra tiene cualidades que se cuentan entre las más ausentes y necesarias de la novela que se escribe hoy en Chile. No son aportaciones eficaces. Pues se presentan disminuidas por lo híbrido de los procedimientos literarios, no propiamente novelísticos. Pero son ejemplos de lo que, en otro contexto, podría enriquecer a nuestra novela. Me refiero en primer lugar a los personajes: estos no son los títeres de siempre, los sórdidos esclavos de las circunstancias, sino personas de aliento y grandeza moral, de contenido humano, seres libres y creadores de un destino. Me refiero también a una novela que se atreve a ventilar problemas de fondo, a dramatizar los contenidos del existencialismo, del marxismo, de la fe cristiana, de la psiquiatría actual... En vez de limitarse a los dos o tres asuntos que inmovilizan nuestra novela, se abre a los conflictos universales de la existencia contemporánea. Sea dicho en descargo de sus defectos que, repito, la autora es la primera en reconocer.

Ignacio Valente